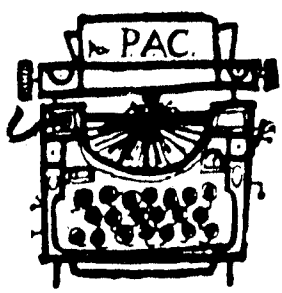


escrito a máquina

Un pueblo hospitalario y una ciudad inhóspita



Entre las tradiciones españolas sembradas en Hispanoamérica hay una que prendió con fuerza en el folklore nicaragüense y es el "teatro-procesión" de Las Posadas: Cantos en diálogo que escenifican la búsqueda de albergue de José y María al llegar a Belén en la época navideña. Un fraile que recorrió Nicaragua hace 35 años —Fray Secundino García O.P.— recogió textos y músicas de Las Posadas en casi toda la República —desde Granada hasta Chinandega, desde Chontales hasta las Segovias— cada una con su propia originalidad, pero todos exaltando la virtud de la hospitalidad y condenando, por contraposición, a los caseros o posaderos que cierran al pobre las puertas del corazón y de la casa.

Traigo al recuerdo esta tradición popular porque el Día de la Madre vi en la T.V. un acto en honor de las madres más necesitadas de Managua y oí, cuando les preguntaban dónde vivían, que todas contestaban —creo que sin excepción— que "estaban posando", es decir: que eran huéspedes de alguna persona o

invierno y una vez más se repitieron las dramáticas escenas de cada año: casas pobres arrastradas por las corrientes, gentes que se despiertan con sus hogares inundados, haberes y muebles perdidos, familias que sólo salvan las ropas con que duermen y luego, con los fangales y la suciedad, las consecuentes enfermedades.

He recorrido varios de esos barrios danmificados, algunos grandes y populosos. Forman parte de la Capital. Sus pobladores son trabajadores de nuestra ciudad; sin embargo, están tan lejos de lo que puede llamarse una ciudad y mucho más aún de lo que puede llamarse una capital, que el visitante que llegara vendado se creería transportado a una rústica aldea de una distante región pantanosa, quizás en las cercanías de Alamitamba: no hay calles, no hay aceras, no hay desagües, no hay cloacas, ni letrinas; muchas casas no tienen agua corriente, muchas no tienen luz eléctrica. Y, sobre este abandono, los cauces siempre insuficientes, desbordándose sobre las casas y las gentes, puntualmente: año con año.



familia caritativa que les ofrecía su techo a ellas y a sus hijos. Las casas que se han abierto para esas madres, con media docena de hijos, por lo menos, cada una de ellas, son en su mayoría casas de los barrios marginados de gente tal vez tan pobres como sus huéspedes.

Ya en otras ocasiones he comentado esta hermosa, antigua y cristiana tradición hospitalaria de nuestro pueblo.

En la vieja Nicaragua agraria —de agricultores, ganaderos, arrieros, comerciantes rurales y caminantes— el peregrino siempre encontró techo acogedor en la hacienda, en el rancho o en los pueblos. En las ciudades mayores, en las casas de los ricos tanto como en las de los pobres, la costumbre era igual. Sería extenderme demasiado detallar los extremos generosos de esta conducta social que admiraron los viajeros extranjeros; baste recordar la multitud de estudiantes del interior que hicieron todos sus estudios "posando" en casas de amigos o familiares de sus padres en las ciudades donde habían institutos o colegios. Siempre había un cubierto en la mesa o un lugar en los aposentos para el amigo o el pariente que pasaba y posaba e incluso para el viajero desconocido que, al caer la tarde, golpeaba el zaguán o la puerta pidiendo posada, o, como decían los arrieros: "dos horcones libres para colgar una hamaca".

Es una tradición nicaragüense que aún no muere en nuestro tiempo de hoteles y comunicaciones a pesar del creciente egoísmo mercantil y a pesar de que la delincuencia y la agresión cada día dejan menos margen a la generosidad.

¡Todavía perdura la hospitalidad sobre todo en el pueblo! La hospitalidad verdadera que es esa que revelaban las madres pobres en la televisión cuando decía una de ellas: "Yo estoy posando en la casa de una señora que se conolió de mi penuria".

Todavía no se ha hecho (ni se hará) la estadística de ese superpoblado cinturón de pobreza de Managua después del terremoto y de la fantasmal "reconstrucción", en que la población marginada recuperó sus cifras pero no sus casas. ¡Son innumerables las casas pobres de Managua que ofrecen su techo a uno o varios huéspedes!

PERO —y este "pero" significa una dolorosa y desconcertante contradicción— mientras el pueblo de Managua ejercita en grado heroico la virtud de la hospitalidad, la Ciudad como ciudad, es decir como comunidad civil y municipal, es todo lo contrario. Managua es una ciudad urbanísticamente egoísta e inhóspita. Managua no da posada: parece que ediliciamente se opone a la solidaridad, a la reunión, a la convivencia vecinal: es una ciudad que se ha hecho sin diálogo y que está terminando hasta con el saludo.

Esta semana reapareció una vez más nuestro hirsuto y malhumorado

Es verdad que hemos padecido un terremoto (pero es verdad también que años antes del terremoto, como ahora, años después, nada ha cambiado: no sólo no hay indicios sino que parece que no hay voluntad de convertir en ciudad a los barrios); es verdad que en todas partes hay inundaciones (pero es verdad también que sólo en Managua —por imprevisión y por incapacidad— cada rayo invernal tiene la virtud de producir un apogón de dimensiones casi nacionales y cada lluvia la de convertirse en una inundación); es verdad que la mayoría de las destruidas son casas mal hechas o mal situadas: pero ¿cómo van a ser de otra manera dentro del abandono y del desorden del conjunto donde no existen infraestructuras de ciudad, ni planificación, ni policía edilicia, ni preocupación siquiera por la seguridad de los moradores marginados?

Hemos hecho "baipases", pistas de circunvalación, hemos sembrado grama y plantas en los bulevares, pero —fuera de esta visión comercial de la ciudad— nos ha faltado su visión humana; nos ha faltado pensar ya que no dormir una noche en esos barrios en que el aguacero que se anuncia no es el sabroso aguaje que se oye bajo buen techo y en buena cama, sino una especie de angustioso comienzo de batalla donde el durmiente no sabe si será una baja más en esa guerra líquida.

Una ciudad no se puede llamar ciudad —ni asumir la responsabilidad de Capital— si cada invierno significa familias, hogares y vehículos arrastrados por las corrientes y miles de ciudadanos que no duermen esperando el desastre o que quedan incomunicados por las corrientadas. Eso está bien que suceda en la selva, no en una ciudad, cabeza de República, que recibe los impuestos de la mayor población ciudadana del país. Que un año suceda, pase!. Pero que suceda ritualmente año con año es devastador para la economía, para la cultura y aún para la simple decencia del país, sin la cual nadie nos tendrá respeto.

Es necesario que la ciudad —como ciudad— se nutra del espíritu de hospitalidad del pueblo que la habita, y cobre conciencia de que su primer deber es cubrir las necesidades sociales y vecinales de aquellos que más las necesitan; porque el rico puede compensar por sí mismo las deficiencias urbanas, mientras que la pobreza, si se margina de la comunidad se vuelve miseria. Son las casas de cartón y de hojalata las que más necesitan calles, cloacas, agua, luz, aceras, parques, escuelas, sanidad ambiental y seguridad para la vida de sus moradores.

La mayoría de los Derechos Humanos son "derechos ciudadanos", es decir: su existencia depende de la Ciudad, del sentido humano de la ciudad.

PABLO ANTONIO CUADRA